

DEL ARTE Y LA MEMORIA

Durante buenos años nos hemos preguntado con insistencia de qué manera el aparato educativo y cultural ha permitido, tal vez suscitado, la desmemoria, el abandono del pasado por parte de la sociedad en que vivimos (Ramírez, 2013). Esta edición de Calle 14 y la siguiente, abordan el tema de la memoria, la historia y sus relaciones con el arte, y bien podrían llegar a plantear algunas respuestas, con la colaboración de quienes han pensado el asunto a profundidad y tienen méritos para ser tenidos en cuenta.

No resulta gratuito ni necesariamente infructuoso que hoy diversos sectores de la población, la academia, los institutos de cultura, los medios de comunicación, piensen que en la memoria histórica hay elementos para entender y enfrentar la difícil coyuntura política. Sin embargo la necesidad de ampliar el marco de referencias a través de una memoria histórica que incluya diversos puntos de vista, experiencias singulares o marginales, distintas realidades geográficas y temporales, no responde solo a la coyuntura político-militar que atravesamos.

La condición en que nos hemos puesto como sociedad no es una construcción de última hora ni se aísla de la realidad que viven los países de la región. Entablar diálogos con el pasado, considerarlo factor útil a la hora de tomar decisiones que impliquen a la comunidad o solo para arraigar el comportamiento individual, son llamados que están operando en la cultura desde hace ya tiempo.

¿La memoria y la historia influyen de alguna manera en la percepción o en la reflexión que llevan a obrar a los ciudadanos o a los colectivos? ¿Cómo se estructura hoy el comportamiento del individuo, que tramita la realidad a través de su cuerpo y de su pensamiento? La mediación del arte, que desplaza sus fronteras permanentemente en relación con la ciencia, puede incidir en la configuración de esa estructura y requiere ser observada con detenimiento. Pensar las artes en la perspectiva de la memoria histórica y en función de la determinación de las acciones sociales constituye el reto que queremos afrontar en estas ediciones de Calle 14.

Restablecer una continuidad del hacer en el territorio que habitamos, restañar las heridas del olvido, enmendar la privación de historia que hemos estado viviendo, son tareas de gran magnitud para todo el que pretenda obrar en el presente, por descontado se da que dignificarían un arte que las emprenda con decisión.

Para el arte el pasado no es decorativo, no es solo un ingrediente estilístico, formalidad estética sin contexto ni fondo. El arte que busca revitalizar el presente recurre de muy distintas maneras a la memoria histórica, tomando así distancia para darle fondo, piso y horizonte. No obstante, la contradicción queda expuesta cuando se constata que: *"El artista presente que los medios fabrican se alimenta especialmente del debilitamiento del pasado, de la conciencia histórica"*, (Barbero, 2015, p.17) al decir de Jesús Martín-Barbero, en su artículo exclusivo para este primer número de Calle 14 sobre Arte y Memoria, *"Estéticas de comunicación y políticas de la memoria"*.

Los medios de comunicación se han convertido en máquinas de producir presente, dice Barbero. La inmediatez y la superficialidad impiden ver más allá de un escuálido ahora. No hay tiempo. La urgencia de la producción y la circulación de bienes y servicios no dan tregua, no permite establecer diálogo con la temporalidad larga del pasado, pero tampoco posibilita la proyección imaginativa del futuro.

Con frecuencia, el pasado adquiere la forma de convicciones apocalípticas y conspiratorias o de visiones exóticas, comunes hoy en las redes. Pretenden colmar la necesidad de arraigo en unas tradiciones de comportamiento, copar el impulso genuino de dar significado a los tránsitos por el territorio a través de la memoria. Sin embargo, paradójicamente, lo que logran es la amnesia generalizada en que vivimos. La obsolescencia programada de esas formas se genera desde la necesidad de reemplazar periódicamente los motivos que mueven el interés, en función de la venta, del comercio. El tema siguiente olvida al anterior, lo reemplaza sin vergüenza alguna, sin asumir sus implicaciones, y así se va de uno a otro asunto sin llegar a nada, nunca. Estos medios de fabricar presente, producen en realidad no futuro, patética sensación de sin salida que nos deja en la obligación de volver a la religión; sin memoria, sin historia, sin pasado ni futuro.

Lo nuevo en el arte es una compulsión que en la actualidad se ha acelerado al máximo. No es la novedad lo fundamental en las artes de otros tiempos. Piensan algunos que lo mejor está en el pasado y miran sus orígenes, su infancia, sus fuentes, sus motivaciones. Ya sabemos que no todo pasado fue mejor. Tal vez lo que afirman es que los orígenes hacen posible el futuro. Algunos

pueblos amerindios cuando piensan el pasado miran hacia delante. (Ramírez, 2013) Hay que permanecer atentos para que el interés por la memoria histórica no se nos vuelva incapacidad de olvido y de futuro. En cualquier caso, sin atrás no hay adelante diría Perogrullo.

En la desmemoria se disuelve la identidad, y ante ello el arte debería manifestarse. Pero ¿podría oponerse a procesos sociales de desestructuración de la identidad y la nacionalidad, o debería simplemente dar cuenta de que está inmersa en ellos? ¿Las instituciones del estado impulsarían un arte de la historia que presente o represente las otras historias, los relatos disidentes, la diversidad real? ¿Se podría proyectar desde allí una comunidad distinta a la nación?

La conmemoración del segundo centenario del fusilamiento del sabio Caldas, en la que está comprometida la Universidad Distrital este año 2016, es un buen marco para probar las relaciones del arte con la memoria. Podríamos acercarnos a una imagen múltiple y diversa de Caldas: científico, político, militar, enamorado, arrepentido y desahuciado mártir de la construcción de la comunidad nacional y de sí mismo.

Podríamos intentar la reconfiguración de territorios para la memoria histórica en Bogotá, capital de la nación por la que fuera fusilado. Crear imágenes, relatos, universos simbólicos que vuelvan a hablar con una población acostumbrada a la insignificancia de las conmemoraciones. Esto es la reinención de lugares, como ámbitos de apropiación y de prácticas del habitante o del transeúnte, que contribuyan en la conformación de una comunidad local, capaz de pasar a la acción en diálogo con sus pares. La conmemoración, convertida de esta manera en suceso, podría propiciar un tipo de actividad autónoma de los ciudadanos, en relación con la memoria como territorio de reapropiación de lo histórico.

Esta reconstrucción de lugares que lleven a la acción podría también tener en cuenta las formas de sociabilidad actual y operar de manera expandida en el tiempo de los espacios virtuales, a través de la articulación por las redes. En cualquier caso habría de considerar que la memoria del “Sabio” está llena de contradicciones y conflictos, que pueden desencadenar la comprensión de la actualidad. Aun cuando los intereses del mercado busquen la neutralización de los rasgos conflictivos de la identidad, hoy es indispensable buscar el encuentro a través de las redes y hacer que este conduzca a la acción, a partir de las referencias históricas del arte.

Convocar a la ciudadanía a un tipo de arte que impulsa a la acción adentrándose en la comprensión extendida del presente, de seguro tiene que ver con la experimentación a partir de la memoria y de la historia, con la exploración de lo propio en el pasado compartido para generar imágenes proyectadas a la elaboración de comunidades de futuro.

Las relaciones que puede establecer el pasado desacralizado son múltiples y abonan un terreno para el mestizaje de los sueños y los anhelos. Las voces excluidas, marginadas de la historia, pero también las miradas relegadas y, más allá, las subjetividades y la diversidad de aproximaciones al pasado no lograrían disolverlo, que ya lo había desactivado el ánimo conmemorativo de una nacionalidad excluyente. Por el contrario, la diversidad de miradas podrían hacerlo presente, hacerlo florecer en una polifonía de la memoria histórica, que convocara sin restricciones. ¿Se disolverá el pasado o se transformará en un concierto de aglomeraciones memoriosas, cargadas de singularidad y de sentido, capaces de relacionarse entre sí y con las demás de maneras imprevistas? La institucionalidad sigue teniendo un papel central en esta construcción; ¿recaerá en la terquedad y la ceguera necesarias para convertir el delta caudaloso y polimorfo de nuestras memorias históricas en un hillo sofocado y claudicante?

Parafraseando otra vez a nuestro autor invitado: el arte debe contar con el pasado para urdir proyectos y aventuras. La conmemoración y el tema central de estas dos ediciones de Calle 14 pueden ser buen pretexto para la acción del arte en el territorio de la memoria.

Referencias

MARTIN-BARBERO, J. (2015) Estéticas de comunicación y políticas de la memoria, Calle14, 11 (16) pp. 14 – 31

RAMÍREZ TRIANA, Camilo. Teatro histórico hoy. CALLE14: revista de investigación en el campo del arte, [S.l.], v. 8, n. 11, p. 96-107, abr. 2014. ISSN 2145-0706. Disponible en: <<http://revistas.udistrital.edu.co/ojs/index.php/c14/article/view/5609/7141>>. Fecha de acceso: 03 mar. 2016 Doi:<http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.c14.2013.2.a08>.

Camilo Andrés Ramírez Triana